

Reseña de Libros

A propósito de CAÍN

J. Saramago, *Caín*, Santillana Ediciones Generales, México 2009.

La primera vez que leí *El Evangelio según Jesucristo*, del escritor portugués y premio Nobel de literatura José Saramago —novela que bien se podría titular *El Evangelio según Saramago*— me sorprendieron dos cosas. En primer lugar, la relación dialéctica, mejor dicho prometeica, que el autor establece con Dios. En segundo lugar, su constante preocupación por la muerte de los inocentes. La última novela del autor, *Caín*¹, es un concentrado de esos dos elementos.

Con la muerte de Saramago, la misma que él consideraba “la inventora de Dios”, su novela *Caín* adquiere la categoría de escrito póstumo, si bien el autor ya se había referido a un nuevo escrito suyo en preparación. Tendremos que esperar un poco para conocer sus escritos inéditos.

Para uno que se dedica al estudio de la teología, desde las primeras líneas de las obras de Saramago nota que su afán literario no es estrictamente teológico, aunque desemboque en una paradoja teológica. Digámoslo también en modo paradójico: Saramago le “debe mucho” a Dios. Su constante y decidido ataque al objeto de la fe y a los dogmas determina sus escritos.

El ateo y el teólogo saben que no hay cosa más difícil que “matar a un Dios”. En este caso Saramago se sitúa existencialmente: él quiere “matar a Dios” y le recrimina la muerte de las personas inocentes, que han provocado los conflictos entre las religiones.

En su novela *Caín*, cuando *Caín*, el personaje, ha asesinado a *Abel*, Dios lo encara y entre los dos se da una fuerte discusión, discusión que es una prolongación histórica de la lucha que Prometeo sostuvo con los dioses griegos.

Saramago sintetiza muy bien la obra en un pequeño diálogo entre Dios y *Caín*.

Caín: —...maté a abel porque no podía matarte a ti, pero en mi intención estás muerto.

Dios: —Comprendo lo que quieres decir, pero la muerte está vedada a los dioses.

Caín: —Sí, aunque deberían cargar con todos los crímenes cometidos en su nombre o por su causa.

1. He respetado el modo como escribe los nombres propios Saramago, a veces en letras mayúsculas.

Dios: —*Dios es inocente, todo sería igual si no existiese.*

No es difícil notar que el Dios al que ataca Saramago es la construcción ideológica que manipula la conciencia religiosa de las personas en vistas al provecho material. En esa línea se puede decir que hay más ídolos que dioses. El único motivo que justifica, por ejemplo, la guerra entre el Dios “musulmán” y el Dios “cristiano” es el mercado del petróleo. El conflicto se adjudica a “Dios”, pero el ídolo es el negocio del petróleo.

Saramago no sólo pone en labios de *Caín* su propio pensamiento, sino que además lo afirma con sus propias palabras: *Al matar a abel por no poder matar al señor, caín ya dio su respuesta. No se augure nada bueno de la vida futura de este hombre.*

El culmen de la relación prometeica entre Saramago y Dios se nota en su afirmación sobre la muerte que espera al hijo de José y de María, en el terrible sueño que, en *El Evangelio según Jesucristo*, hace decir a José: *Voy a Belén a matar a mi hijo.* Y que luego retorna en *Caín*, cuando el señor exige a *abraham* que sacrifique a su propio hijo, *isaac*. El diálogo recriminatorio que protagoniza *isaac* hace decir, en este caso al novelista: *Y qué señor es ese que ordena a un padre que mate a su propio hijo...Y si ese señor tuviera un hijo, también lo mandaría a matar, preguntó isaac.*

Caín—entiéndase Saramago— se interpone entre *abraham e isaac*, para salvar al niño. Hay una lucha en el autor por afirmar su condición de hombre, irremediablemente dejada a merced de los sufrimientos del mundo. Lo que en Unamuno es “agonía”, en Saramago es confrontación. El portugués sentencia: *La historia de los hombres es la historia de sus desencuentros con dios, ni él nos entiende a nosotros ni nosotros lo entendemos a él.*

Del cristiano que habita la polis adulta se espera madurez y responsabilidad histórica. En primer lugar, para no decantar en el culto al dios poder, lógica consecuencia de una religión que no supera lo meramente ideológico. En segundo lugar, para resolver la paradoja ya planteada por Mons. Romero ¿Cómo es posible que en un país que se declara “cristiano” exista tanta violencia?

Si Saramago se toma tan en serio su ateísmo, ¿por qué no tomarme en serio también yo mi fe cristiana?

Juan Chopin